

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Tú, Señor, eres mi libertador – Salmo 18
(12 días)

**Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen**



Tú, Señor, eres mi libertador – Salmo 18 (12 días)

Día 1

Sal. 18:1-51

El Salmo 18 es una alabanza de David a su grandioso y maravilloso Dios. Él lo libertó con su poderosa mano de grandísimos peligros y se puso a su lado. “Poco antes de finalizar las guerras de sucesión al trono contra Is-boset, el hijo de Saúl, David ya pudo testificar que Dios le libertó de toda angustia (2.S. 4:9). Poco tiempo después de subir al trono, cuando ya vivía en Jerusalén, Dios le recordó que Él le había dado descanso de todos sus enemigos (2.S. 7:11).

Pero delante de David aún habrían grandes y muchos peligros a futuro, el peor, fue por su propio hijo Absalón (2.S. 15-18). Sin embargo al final de su vida David pudo decir retrospectivamente: ‘vive Jehová, que ha redimido mi alma de toda angustia’ (1.R. 1:29)” (B. Peters).

Llama la atención que David se denomina, como lo leemos también de Moisés y Josué retrospectivamente de sus vidas: “*siervo del Señor*”, y no *rey de Israel*. Era para él mayor privilegio ser siervo del Altísimo; con esa postura gobernaba al pueblo. (Lea Dt. 34:5; Jos. 1:1,2; 24:29.)

Una y otra vez David se puso bajo el mando de “la poderosa mano de Dios” (1.P. 5:6). Al confiarse así al Señor, David llegó a alabar y adorar a su Dios. Él experimentó al Señor como su poderoso libertador, fuerte protector y singular defensor, que se enfrentó con sus adversarios.

¿Acaso no tenemos también toda la razón para agradecer a nuestro Señor por incontables veces de habernos protegido y salvado de peligros? “Alaba, alma mía, al poderoso Rey de honores, ... ¡en cuántos problemas, el bondadoso Dios, ha extendido sobre ti sus alas!” (J. Neander).

Con la ayuda de Éx. 15:1-14 y Salmo. 98:1-9 podemos anotar una oración personal de agradecimiento, que nos servirá de ayuda en tiempos de pruebas.

Día 2

Sal. 18:1,2; 116:1-7

Después de una larga vida David pudo decir: ¡Con Dios estoy del lado del vencedor! Eran tiempos duros que tenía que soportar, días cuando parecía que el agua le llegaba hasta el cuello, hablando en forma figurada, o como ríos torrentosos que lo querían tragar (v.4), días cuando se enfrentaba con poderosos enemigos que lo rodeaban. Pero ellos no se quedaron con la última palabra. David testificó que el Señor le salvó de todas las angustias y de los que le aborrecieron, que eran más fuertes que él (v.1,18).

Dios no nos salva una sola vez, Él está por nosotros día por día. Día a día nos da su victoria, hasta que lleguemos a la meta (Lea Lc. 10:19; 1.Co. 15:57; 2.Co. 2:14,15.)

Inmediatamente después de las palabras introductorias sigue el testimonio personal de David, en el que describe la grandeza y gloria del Señor: “Te amo, oh Jehová, fortaleza mía”. Estas palabras hablan de una profunda relación de confianza entre Dios y David, una confianza que contiene fidelidad y credibilidad.

Cuando nosotros valoramos o amamos a alguien, nos gusta decírselo también con palabras. ¡Expresemos ante Dios mucho más nuestro amor! Él se regocija, cuando nos dirigimos a Él con alabanza y adoración, aunque sea con palabras cortadas. Un padre se alegra por las palabras aún balbuceando de su hijo, que responde al amor de su padre y le dice cuánto le ama.

“Amor que se dirige hacia arriba, es adoración. Amor que se dirige hacia afuera, es cariño. Amor que se inclina, es gracia” (D. G. Barnhouse; lea Jn. 16:27; 14:23; 21:15; 1.Jn. 4:19).

Día 3

Sal. 18:1,2; 27:1,2

“Jehová, es mi roca y mi fortaleza, y mi libertador; Dios mío, fortaleza mía, en él confiaré; mi escudo, y el fuerte de mi salvación, mi alto refugio; Salvador mío; ... (según 2 S. 22:2,3). David canta esa canción, después de ser liberado por Dios, porque se agradó de él (comp. Sal. 18:19). Él agrega una palabra clave a otra, para dirigirse a Dios con diferentes nombres y mostrar así la múltiple ayuda recibida, “como si quisiera poner una piedra sobre otra para levantar un altar de agradecimiento” (H. Lamparter).

Tres veces repitió David: “Jehová, *roca mía*” (v.2,31,46). ¿Se habrá acordado de la historia de Israel, cuando Dios “hendió las peñas en el desierto y les dio a beber como de grandes abismos” (Sal. 78:15)? ¿O habrá pensado en las cuevas entre las rocas, en las que se refugiaba, protegiéndose de sus perseguidores (1.S. 22:1)?

David denominó a Dios: “*castillo mío*”. Éste era el lugar de seguridad. Dios mismo lo protegió de sus enemigos. (Comp. Sal. 31:2,3; 91:2.) David siguió dando a Dios otros nombres, “*mi libertador*”. Quiere decir: Él me pone en libertad, sin ningún daño, me hace salir a salvo de los peligros (Sal. 31:1; 37:40). David nombra a Dios: “*mi fortaleza*”. Junto a Dios él encontró un lugar de refugio, hospedaje, habitación. (Comp. Dt. 32:4,30,31.)

Para David Dios era como “*un escudo*”, detrás del cual se podía esconder. “Como el escudo protege al soldado de los proyectiles y golpes de los agresores, así el todopoderoso y omnipresente Dios se pone delante de sus santos ante cualquier ataque” (B. Peters; comp. Sal. 3:3; 35:1,2). Al hablar de “*la fuerza de mi salvación*”, David utiliza un símbolo para expresar el poder y la fuerza de Dios.

¿Acaso la grandeza de nuestro Dios nos lleva también a la adoración?

Día 4

Sal. 18:3-5; 2.Cr. 20:22

“Invocaré a Jehová, quien es digno de ser alabado, y seré salvo de mis enemigos”. David estaba consciente de la realidad que Dios escuchaba su clamor. ¡El que invoca a Dios, experimentará Su obrar!

“En algunas puertas se lee: atención al público “de tal hora ... a tal hora”. No es así en la puerta de Dios. El acceso a Él está abierto día y noche. Jesús se tomó el tiempo para las personas de noche (Jn. 3:2) y de día, aunque estando cansado (Jn. 4:6). ¡Clama en cualquier momento, especialmente cuando estés afligido!

Pablo escribió a la iglesia en Éfeso de “días malos” (Ef. 6:13). ¿Quién no los conoce? Pero justo en estos momentos Dios desea que le invoquemos” (según G. R. Brinke; lea Sal. 91:15; 50:15; 69:14-19).

David conocía muchos días malos. Él se acordaba: “Me rodearon ligaduras de muerte, y torrentes de perversidad me atemorizaron”. Cuántas veces estaba indefenso ante sus adversarios, odiado y perseguido, herido profundamente y atemorizado. Cualquiera de nosotros, que se siente oprimido, está aquí bien acompañado. David se aferraba a Dios: “seré salvo”.

“La salvación es lo contrario de estrechez y prisión; ella otorga la posibilidad y capacidad de acción ilimitada. La Biblia demuestra con la liberación de Israel de Egipto, que salvación es liberación” (B. Peters). Su propósito era que el pueblo de Israel sirviera a su Dios (Éx. 4:23).

En el Nuevo Testamento salvación no significa solo descarga de culpa, sino la liberación de la esclavitud de pecado. También aquí se enfatiza el propósito de servir a Dios. (Lea 1.Ts. 1:9; Ro. 6:18,19.)

Es llamativo que en el Salmo 18 en los primeros versículos encontramos tres características fundamentales de la fe cristiana. El *amor*: “Te amo, oh Jehová” (v.1); la *fe*: “en él confiaré” (v.2); la *esperanza*: “seré salvo de mis enemigos” (v.3). ¡Qué profunda y cordial relación entre Dios y David encontramos en estas palabras! (Lea 1.Co. 13:13; 1.Ts. 1:3; 5:8.)

Día 5

Sal. 18:6; 118:5

A través de nuestras propias experiencias sabemos que el temor puede ser muy acosador. Si nos sobreviene el miedo, reconocemos que muchas veces son situaciones cuando perdemos completamente el control. Los problemas y aflicciones nos encierran y parece que se agrandan cada vez más. Sentimos nuestra impotencia y estamos sin defensa a la merced de la situación.

Pero David nos mostró un camino para vencer el miedo. Él clamó, sí, él gritó a su Dios, como uno que se está ahogando. Le pidió su intervención y ayuda. “El que hizo el oído, ¿no oírás? El que formó el ojo, ¿no verás?” (Sal. 94:9)

La Biblia contiene incontables informes de personas que clamaron a Dios en su angustia y Él los liberó de su aflicción. (Lea Sal. 107:1-9,13,14,19,20, 28-30; 2.R. 19:14-34; 20:1-7; Lc. 18:35-43.)

El pastor Johannes Holmer contaba: “Liviu, un amigo de Rumania, dijo en una situación sin salida, una y otra vez: ‘Let us pray – God is in control!’ (‘¡joremos – Dios tiene el control!’”).

Nosotros podemos regocijarnos por Su atención y Su cercanía. Él habla a nosotros: “Yo estoy contigo, cuando la preocupación te oprime, cuando tu vida parece sin sentido, entonces yo estoy ahí. Yo estoy contigo, aunque tú no lo puedes creer, aunque no lo puedes sentir, yo estoy cerca de ti. Y yo tengo todo en mi mano, yo conozco tu vida en todos los detalles, yo sé y estoy al tanto de todo lo que necesitas, día a día. No tengas temor, yo te amo. Tú puedes confiar en mi palabra y entonces verás que yo te guío paso a paso” (D. L. Burgess).

Día 6

Sal. 18:6-16; 144:4-11; 93:3,4

“Él oyó mi voz desde su templo, y mi clamor llegó delante de él, a sus oídos ... inclinó los cielos, y descendió ... cabalgó sobre un querubín y voló; voló sobre las alas del viento. Puso tinieblas por su escondedero, por cortina suya alrededor de sí... envió sus saetas, y los dispersó”. Lo que David experimentó con su Señor en esa tremenda persecución, está resumido en palabras figurativas, que casi nos quieren quitar la respiración. Con fuerte mano Dios intervino desde el cielo. Él lo tomó de la mano a David como si tomara a uno que se está ahogando, para sacarlo a la ribera segura. (Lea Dt. 33:27,29; Sal. 34:4,6,15,17.)

“Envío desde lo alto; me tomó, me sacó de las muchas aguas” (v.16). Tan fuerte y tan cerca está Dios, Él extiende su mano hacia nosotros, para salvarnos. A veces no nos damos cuenta de Su intervención.

Pensemos, por ejemplo, en el siervo del profeta Eliseo. Él tenía pánico y gran temor, cuando los enemigos sitiaron la ciudad de Dotán, donde ellos habitaban. “¡Ah, señor mío!, ¿qué haremos? Eliseo le dijo: No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos. Y oró Eliseo, y dijo: Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos para que vea. Entonces Jehová abrió los ojos del criado, y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de Eliseo” (2.R. 6:15-17).

En los momentos cuando pareciera que nos estamos hundiendo en la angustia, cuando las preocupaciones nos oprimen y las tormentas desde adentro o de afuera nos remueven y confunden, nos queda la posibilidad de entrar en contacto con Dios y pedirle Su intervención. (Lea Mt. 14:22-32; Gn. 49:23,24; Ap. 1:17,18.)

Día 7

Sal. 18:9-19; 23:4

¡Qué tremendas fuerzas naturales utilizó Dios como respuesta al clamor de David! “Inclinó los cielos, y descendió; y había densas tinieblas debajo de sus pies ... puso tinieblas por su escondedero”.

“¡Bendita oscuridad, que encubre a mi Dios! Aunque no lo puedo mirar, puedo saber que Él está ahí, también en la más terrible tormenta y en las grandes tinieblas” (C. H. Spurgeon).

El Creador de todo el universo interviene desde el cielo, para proteger a David. Este testificó: “me libró de mi poderoso enemigo, y de los que me aborrecían; pues eran más fuertes que yo. Me asaltaron en el día de mi quebranto, mas Jehová fue mi apoyo. Me sacó a lugar espacioso; me libró, porque se agradó de mí”. La liberación no es un sueño dorado; es realidad y puede ser experimentada.

Aquel que se inclina desde el cielo hacia abajo, interviene a la profundidad de la miseria humana. Al que lo llama a Él, no lo deja hundirse, tampoco en la situación cuando se hayan acumulado culpas y pecados. (Lea Sal. 40:1,2; 124:1-8).

¿Qué motivo podemos reconocer en la intervención de Dios? Es amor puro. David describió este amor con las palabras: “porque se agradó de mí”. El hombre que al comienzo del salmo dijo: “Te amo, oh Jehová, fortaleza mía”, a él, Dios lo trató con especial cuidado, experimentó su protección en situaciones incalculables.

Este Dios envía también hoy su ayuda desde el cielo a nuestra vida diaria. Para Él somos muy importantes. En Su amor se adelanta hacia nosotros con Su ayuda, para que podamos decir como David: “me sacó a lugar espacioso; me libró, porque se agradó de mí”. (Lea 1.S. 17:37; Dn. 6:23; Hch. 5:18,19.)

Día 8

Sal. 18:20-29; 2.P. 1:3-11

Después de su descripción de la gran intervención de Dios, David declaró ahora la importancia de escuchar a Dios y de obedecerle. David no era un simple espectador pasivo del obrar de Dios, sino él mismo también estaba activo: “he guardado los caminos de Jehová, y no me aparté impíamente de mi Dios. Pues todos sus juicios estuvieron delante de mí, y no me he apartado de sus estatutos. Fui recto para con él, y me he guardado de mi maldad”.

Esa clara línea que David describe aquí no tiene nada que ver con el perfeccionismo o la autocomplacencia. David no quiere decir, que desde nosotros mismos podamos ser justos o que podamos ganarnos el cielo. El sabía, que es solo la gracia de Dios que lo guardó en el camino correcto, aunque muchos enemigos lo acechaban y él estaba tentado de reaccionar humanamente.

Christa von Viebahn hablaba muchas veces de “la energía del hombre nuevo”: “yo decido, si quiero ir por el camino con Jesús, o si quiero seguir según mis propias imaginaciones. Yo decido, si permito que la Palabra de Dios ocupe y llene mis pensamientos, o si otras cosas ocupan mi mente. Yo decido, si quiero orientarme por los mandamientos de Dios, o si los parámetros de la sociedad me dirigen. Yo decido, si la causa de Dios tiene prioridad en mi vida, o si mi carrera es lo más importante para mí. Yo decido, si perdono a la otra persona sus palabras hirientes, o si le guardo el rencor por toda la vida y me distancio de ella”.

¿Cuál decisión debemos tomar hoy? (Lea Job 2:9,10; 23:10-12; Sal. 16:8.) Mantengamos con fe la verdad: “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia” (2.P. 1:3).

Día 9

Sal. 18:28; Jn. 12:46

David percibió la presencia de Dios como una luz brillante que alumbraba su día oscuro. “Mas no habrá siempre oscuridad para la que está ahora en angustia” (Is. 9:1).

“Mientras que tú, Señor, eres mi luz, puedo vivir sin las antorchas de este tiempo. ¡Que la luz de la presencia de Dios sea sobre todas las cosas! ‘Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino’.

¿Estoy en la oscuridad? Entonces, tú, Señor, alumbrarás mis tinieblas. Pueden acumularse nubes sobre nubes, pero aunque se haga tan oscuro que no puedo ver mi propia mano, Dios puede, alumbrar la oscuridad, pues Él dijo: “¡sea la luz!” Si yo no encuentro luz en mí mismo o entre mis amigos o en el mundo entero, Dios puede volver a mandar la luz” (según C. H. Spurgeon; lea Is. 50:10; Sal. 27:1; 97:11).

“Jehová, mi Dios, alumbrará mis tinieblas”. ¡*Mis* tinieblas! La vida de David abarcaba varias tinieblas: pecado, trampa, adulterio, mentira. Pero todo esto quedó en el pasado. De todo corazón él pudo decir: “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado” (Sal. 32:1,2).

El Señor Jesús quiere llegar con Su luz también a nuestra oscuridad. “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2.Co. 4:6).

Al Señor Jesús le importaba mucho instar a sus discípulos: “vosotros sois la luz del mundo ... Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt. 5:14-16; lea 2.Co. 3:18).

Día 10

Sal. 18:29,30; Fil. 4:13

“Con mi Dios saltaré muros”. Los muros pueden ser de gran ayuda. Ellos protegen y rodean un terreno y transmiten amparo. “Yo seré para ella, dice Jehová, muro de fuego en derredor, y para gloria estaré en medio de ella” (Zac. 2:5).

Pero los muros también pueden significar una barrera negativa. Los muros de Jericó impidieron al pueblo de Israel el acceso a la tierra prometida. Los muros son muchas veces obstáculos invencibles, dolorosos límites o fortalezas del enemigo.

En nuestro salmo David habló de enemigos que le odiaron y que eran más fuertes que él. Pero también nos hizo saber lo que era su ayuda: “*Con mi Dios ...*” *Con Él* era posible para David el salto por encima del muro. Él tenía el apoyo de Dios, que le ayudó a vencer el obstáculo.

Quizás él pensaba en el tremendo desafío, cuando se enfrentaba con el gigante Goliat y él lo blasfemaba y quería hacerle resignar con sus palabras hirientes. David le contestó: “Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; mas yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado. Jehová te entregará hoy en mi mano” (1.S. 17:45,46).

Los muros del desaliento y de la resignación se levantan hoy en día más que nunca. Resignar dice textualmente: retirar el signo, la señal, bajar la bandera. Si esto pasaba en la guerra, significaba la capitulación.

¿En qué situación hemos “retirado” la señal de la victoria, la cruz? Hemos sido “renacidos a una esperanza viva”. A esa realidad podemos aferrarnos justamente en momentos cuando el desaliento nos asalte. Podemos confiar en el poder de Dios y decir con David: “con mi Dios saltaré muros”. (Lea He. 10:35; Ef. 6:10-13; 1.P. 1:5.)

Día 11

Sal. 18:31-50

En ese párrafo largo encontramos dos líneas. Por un lado se trata de lo que Dios hace, y por el otro, lo que David hace. Podría ser de ayuda marcar con diferentes colores estas dos líneas en la Biblia.

En los versículos 32 al 34 habló David en tercera persona de Dios, pero en los versículos 35,36,39,40,43,48,50 habló con el confiado tú, en la segunda persona.

Para nuestra oración puede ser de mucha ayuda, especialmente cuando nos sentimos por bastante tiempo desamparados y encerrados sin salida, mirar a nuestro maravilloso Señor. Con la ayuda de la Biblia o de un himnario podemos recordar, *quién es Él* (por ejemplo Sal. 103:8) y *cómo ha intervenido en la historia* (Sal. 18:4-6,16-18,40,50). Demos un paso más y pensemos, *quién es Él para mí* (por ejemplo Sal. 27:1a; Is. 12:2) y *lo que ha hecho por mí* (por ejemplo Sal. 18:32-36).

Recién ahora nos dirigimos a lo que nosotros debemos hacer o dejar de hacer. Dicho en forma resumida: primero Dios, después yo. El que aprende a orar así, experimentará una libertad interior y una tranquilidad, aunque por sus problemas aún no se vea una solución.

En un sentido no debemos orar como David: cuando él habla de matar y exterminar a sus enemigos (Sal. 18:37,38,40,42). Ciertamente es que delante de Dios podemos expresar *todo* lo que nos oprime y molesta. Pero después miramos a Jesús, quien tomó toda la ira sobre sí y murió por nosotros, cuando nosotros éramos aún enemigos de Dios (Ro. 5:8.10). No es nuestra tarea hacer venganza o desquite, porque estamos en la escuela de Jesús y aprendemos de nuestro Maestro para amar a nuestros enemigos, así como Él los ha amado. (Lea Mt. 5:38-45.)

Día 12

Sal. 18:46-50; Job 19:25,26

“Viva Jehová, y bendita sea mi roca, y enaltecido sea el Dios de mi salvación”. ¿Acaso no es esto la culminación de la oración de David? “¡Viva Jehová!” – esta confesión es como un avance informativo al júbilo de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. “Jesús vive, con Él también yo. Muerte, ¿dónde está tu aguijón? Él, el que vive, también me despertará de los muertos. Él me transformará en Su luz, ésta es mi esperanza” (C. F. Gellert).

Con esa certeza de la victoria de la resurrección en sus corazones, anunciaron los apóstoles la buena nueva: Jesucristo es el Señor. ¡Él vive! (Lea Mt. 28:5-7; Hch. 2:36.) Jesús vive “siempre para interceder” por nosotros, “por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios” (según He. 7:25).

El Dios viviente comparte con nosotros la corriente de su poder. Él está muy cerca de nosotros, Él nos ama, Él nos alienta, fortalece y anima. El Señor ordena delante de nosotros los caminos y va delante de nosotros. “Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Jn. 14:19; lea 2.Co. 12:9,10; 13:4; 1.Ts. 4:13-18).

“Vive Jehová, y bendita sea mi roca, y enaltecido sea el Dios de mi salvación; ... Por tanto yo te confesaré entre las naciones, oh Jehová ... grandes triunfos da a su rey y hace misericordia a su ungido ...”

Después de un tiempo muy exigente, pero a la vez bendecido era el anhelo de David, agradecer al Señor y adorarle. “Cantaré a tu nombre”. Él no se queda pegado a los inconvenientes de tiempos pasados, sino levanta su vista hacia Dios: “Me sacó a lugar espacioso; me libró, porque se agradó de mí”.

Por eso pongamos “los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe ...” (He. 12:2a), que nos llevará seguros hasta la meta. (Lea 1.P. 1:3-9.)